

ojs.uv.es/index.php/qdfed



Rebut: 20.05.2024. **Acceptat:** 27.06.2024

Per a citar aquest article: Álvarez Valadés, Josefa. 2024. "Elogio epicúreo de la lentitud, la austeridad y la amistad en *Jardín Gulbenkian* de Juan Antonio González Iglesias". *Quaderns de Filologia: Estudis Literaris* XXIX: 211-224.

doi: 10.7203/qdfed.29.28807

Elogio epicúreo de la lentitud, la austeridad y la amistad en *Jardín Gulbenkian* de Juan Antonio González Iglesias

Epicurean praise of slowness, austerity and friendship in *Jardín Gulbenkian*
by Juan Antonio González Iglesias

JOSEFA ÁLVAREZ VALADÉS
Le Moyne College
alvarej@lemoyne.edu

Resumen: Para Epicuro y su escuela, es objetivo prioritario alcanzar una vida feliz sustentada en la ausencia de necesidades en un entorno de serenidad. Cimiento fundamental de aquella es, por otra parte, el cultivo de la amistad. Pues bien, en el individualista mundo actual este *modus vivendi* es reivindicado por algunas voces poéticas relevantes en España. Es el caso de Juan Antonio González Iglesias (1964), un hedonista tranquilo en cuyo poemario *Jardín Gulbenkian* (2019) se apropia, siguiendo la mejor tradición epicúrea, de la austeridad y la lentitud como actitudes vitales y de la imprescindible necesidad de la amistad como pilar último de la felicidad. **Palabras clave:** epicureísmo; austeridad; lentitud; amistad; Juan Antonio González Iglesias.

Abstract: For Epicurus and his school, a priority objective is to achieve a happy life based on the absence of needs in an environment of serenity. A primary foundation for such an achievement is the cultivation of friendship. In today's individualistic world, this *modus vivendi* is claimed by relevant poetic voices in Spain. This is the case of Juan Antonio González Iglesias (1964), a calm hedonist whose collection of poems *Jardín Gulbenkian* (2019) follows the best Epicurean tradition and appropriates austerity and slowness as vital attitudes in addition to the essential need for friendship as the final pillar of happiness.

Keywords: Epicureanism; friendship; austerity; slowness; Juan Antonio González Iglesias.

1. Introducció

En todas las épocas en mayor o menor medida el ser humano ha mostrado su preocupación por la felicidad y reflexionado sobre ella. Hasta tal punto ha sido así que, en la antigua Grecia, cuna de la filosofía, será uno de los asuntos

que motive el nacimiento de la ética. Esta es, para Aristóteles, “una teoría de la acción humana en este mundo... centrada en la búsqueda del bien para el hombre, que es, al mismo tiempo, el bien de la *polis*”, o sea, el comunitario o de la ciudad. A su entender, dicho bien no puede ser otro que la felicidad (Camps, 2017: 53-54). Posteriormente aparecerán en época helenística (siglos IV-I a. C.), varias escuelas cuya finalidad consista en “proponer una especial manera de vivir”, una ética, así como en “buscar la felicidad” (Camps, 2017: 78-79). Tanto Aristóteles como estas escuelas comparten un mismo objetivo, pero hay una diferencia fundamental: mientras que para el primero resulta clave el bien común, para las escuelas posteriores, que nacen en un momento de descomposición de la ciudad-Estado y de la democracia, la felicidad se torna un asunto privado, por lo que se torna hacia un individualismo que ya no abandonará fácilmente el pensamiento occidental. Es el caso de la escuela de Epicuro, el famoso Jardín, para la que la felicidad consiste en “el puro placer de la existencia” (García Gual, 2013: 60). A fin de lograrla, son imprescindibles en el marco de su ética una serenidad y una austeridad que proceden del control de los deseos, así como el lazo de la amistad:

El sabio encontrará, pues, la felicidad adoptando a los dioses como modelos para vivir en una perfecta serenidad y en una perfecta pureza espiritual, disciplinando sus deseos, ..., aceptando ser corregido fraternalmente por una comunidad unida en el vínculo de una intensa amistad (García Gual, 2013: 59-60).

De cara a nuestro trabajo, nos interesa enfocar la atención particularmente en esta tendencia de pensamiento y en su huella, que trasciende hasta hoy. Pensemos que el mundo posmoderno, en el que ya no existen verdades absolutas, donde el culto al presente, derivado de la falta de fe en un futuro percibido con desencanto, y el consumo desenfrenado presiden el día a día como única posible fuente de placer y satisfacción, no debe de ser tan diferente al del periodo helenístico, perfilado por la fragmentación política en los belicosos reinos del Imperio alejandrino. No resulta tan extraña, pues, la presencia de relevantes rasgos del pensamiento epicúreo en algunas de las figuras más destacadas de nuestro panorama poético actual, como es el caso de Juan Antonio González Iglesias (1964). Para rastrearlos, nos serviremos de los minuciosos estudios llevados a cabo en torno a dicho movimiento filosófico por uno de sus mejores conocedores: el filósofo español Emilio Lledó.

A decir de Araceli Iravedra la obra de González Iglesias “representa una desenvuelta forma de amalgama entre el universo grecolatino y la contempo-

raneidad posmoderna” (2016: 743)¹. De ese universo rescata el poeta ciertas ideas clave que la atraviesan: la austeridad y la lentitud como disposiciones vitales y el cultivo de la amistad para el alcance del fin último de la vida feliz. Lo apreciamos sin duda en su hasta ahora penúltimo poemario, *Jardín Gulbenkian* (2019). En él los fragmentos de Epicuro y la poesía latina que mana del contacto de sus autores con los sucesores tardíos de este filósofo servirán, en una evidente relación de “hipertextualidad”², si seguimos la terminología última de Gérard Genette en su más reciente edición de su estudio *Palimpsestos*, de *hipotexto* para los *hipertextos* que constituyen los poemas del salmantino. Si queremos, pues, alcanzar en ellos lo que Michael Riffaterre denomina “significancia” resultante de la “lectura hermeneútica del texto poético” (1983: 12), no podremos prescindir de tenerlos en cuenta de continuo en nuestro análisis. Veámoslo con detalle.

2. *Jardín Gulbenkian*: hacia una vida feliz

En el prólogo, que funciona perfectamente a modo de paratexto o texto acompañante a su poemario, Juan Antonio González Iglesias anticipa a sus lectores en estos términos el contenido del volumen:

El Jardín Gulbenkian de Lisboa centra este libro en el que se recorren, a partir de un espacio creado por la arquitectura contemporánea, algunas líneas clásicas: la cultura que ennoblece la naturaleza, el arte como regalo del espíritu, la amistad y la apología de lo sencillo. Protegido por estas formas del amor, el jardín se presenta como símbolo que promueve con su sola existencia la esperanza en un mundo mejor que este (2018: 9).

Estas palabras nos invitan a pensar en el jardín, que sirve de vínculo temático al poemario, como un ámbito de felicidad. En su reciente ensayo *Historia alternativa de la felicidad* González Iglesias expone que “seguramente no haya mejor definición de felicidad que *la sensación de sentirnos en determinado*

¹ Para conocer más a fondo la figura de este poeta, receptor de premios tan relevantes en nuestro país como el Generación del 27 (2001), el Loewe (2006) y el Gil de Biedma (2019), además de Iravedra (2016: 743-747) se pueden ver los estudios de Jesús Ponce Cárdenas (2014) y Alejandro Simón Partal (2017).

² Genette entiende por *hipertextualidad* “toda relación que une un texto B (que llamaré *hipertexto*) a un texto anterior A (al que llamaré *hipotexto*) en el que se injerta de una manera que no es la del comentario” (1989: 14).

*momento en el lugar del cosmos que nos corresponde*³, un lugar donde la “armonía entre el ser humano y el universo no es mera especulación filosófica”, sino una realidad (2023: 143). Este lugar no es otro aquí, pues, que el jardín luso.

La amistad es eje junto a aquel del poemario, desde el momento en que, como se expone en el prólogo y se verá en nuestro ulterior comentario, el Jardín Gulbenkian fue creado desde la imaginación y el sueño de dos amigos: Calouste Gulbenkian y el poeta y diplomático francés Saint-John Perse. Dicha amistad es eje de todo el libro y junto a ella se lleva a cabo en sus versos una “apología de lo sencillo” y de la lentitud, valores interconectados y sobresalientes de la escuela epicúrea que, por su parte, como más arriba mencionamos, llevaba el nombre de “El Jardín”: “En una pequeña propiedad, a las afueras de Atenas, del camino del Pireo y no lejos de la Academia, estableció Epicuro su famoso *Jardín*, de acuerdo con su deseo de que el sabio ame el campo” explica Emilio Lledó siguiendo un texto de Diógenes Laercio (2021: 30). Así, basándonos en esos aspectos, no parece muy descaminado adscribir el poemario de González Iglesias a dicha vertiente de pensamiento y considerar los textos que hasta nosotros han llegado de Epicuro y sus seguidores como hipotextos de muchos de sus poemas.

Centrémonos, en primer lugar, en sus referencias al jardín que protagoniza el volumen. Ya en este poema inicial que da título al conjunto se presentan rasgos sobre él que recuerdan a los preceptos básicos del epicureísmo, como es el caso de la renuncia a las posesiones materiales:

Cualquiera que camine entre las especies
vegetales que fueron elegidas por el amor de alguien
...
Deja fuera el dinero, a tan grande distancia
que ni siquiera hace falta maldecirlo (17)

Emilio Lledó trae a colación, en este sentido, las siguientes líneas de Diógenes Laercio:

sus amigos que, por cierto, venían de todas partes y vivían con él en el Jardín...llevando una vida extraordinariamente sencilla y moderada pues –como Diokles refiere– les bastaba con un vaso de vino y, por lo demás, su bebida era el agua... (Epicuro) había dicho en sus cartas que se conformaba con agua y un poco de pan, y añadía: mándame un poco de queso para que pueda, cuando quiera, darme ese lujo (D. L., X, 10-11= Lledó, 2021: 119).

³ La cursiva es del autor de la cita.

Efectivamente, para Epicuro el agua bastaba y un pedazo de queso constituía todo un banquete. González Iglesias, por su parte, nuevamente muestra esa misma adscripción a la austeridad en algún poema, como vemos en el titulado “Primera noche del verano”, donde el texto anterior claramente funciona como hipotexto, y la voz poética exclama:

Primera noche del verano. Lleno
un vaso de cristal...
de agua fría. Lo bebo como otros
beben costoso vino, ... (19)

También lo observamos en “Los animales son los dueños del espacio” donde puede leerse:

... acepto
que nada es mío. Está bien así. Despojado
de todo estoy mejor (60).

El epicúreo es fiel, en este sentido, al ideal socrático de pobreza. Un fragmento ligado al padre de la escuela reza así: “La voz de la carne pide no tener hambre, ni sed, ni frío; pues quien consigue esto o confíe en conseguirlo puede competir en felicidad con el mismo Zeus” (G. V.: 33). La felicidad, por tanto, se vincula a la liberación del individuo de las necesidades elementales. Lo opulento es rechazado por el epicúreo, porque, como explica Lledó, “la política de consumo y lujo que, en su inmoderación... provocaba... la miseria y el dolor”. El maestro de Samos exclama en otra ocasión: “Siento el gozo de mi cuerpo al alimentarme de pan y agua y escupo sobre los placeres de la suntuosidad, no por ellos mismos sino por las trampas que nos tienden” (Lledó, 2022a, 47). De nuevo no podemos dejar de considerar dichos fragmentos hipotextos de los versos del salmantino.

En lo que respecta a la desposesión de lo material, destaca en el poemario de González Iglesias por contraste una pertenencia que le es necesaria, como se pone de relieve una vez más en el poema anteriormente citado, “Los animales son los dueños del espacio”: “Lo único que tengo es lo que dice algo. / Estoy con el lenguaje. Soy lenguaje. Esto es” (60). Lledó nos explica que la filosofía descubrió, en sus albores, que el ser humano “poseía una luz peculiar que, más allá de las necesidades y de su realidad, podía modificarse, enriquecerse, inventarse. Tal descubrimiento fue el *logos*, la palabra, la lengua, el aire semántico que señalaba el mundo” (2022b: 10-11). En este sentido nuestro

poeta ensalza esa capacidad única del ser humano de poder decir, de poder interpretar el mundo a través de la palabra, y en una composición como “Gulbenkian” su voz poética se para a reflexionar sobre el significado en armenio del término que le proporciona el título, y nos dice:

...Recorro el laberinto,
podado como seto, del lenguaje,
que se bifurca en etimologías (51).

Descubre en ese viaje desde el lenguaje el vínculo etimológico del nombre con una flor, la rosa, y, a través de esta, su inesperada conexión con el jardín al que aquel vocablo nombra, por lo que manifiesta su felicidad y el mejor de sus deseos:

... Cuánto me alegro
de haber vuelto al jardín. Que las palabras
honren la tierra, vuelvan a ser nombres
y abran el corazón de los que aman (52).

Una vez más, el jardín se nos ofrece como entorno amable en el que las palabras pueden significar en plenitud, tal y como espera un buen poeta que suceda en el terreno que sustenta su poesía. Para González Iglesias en el espacio (“más propicio a la felicidad que el tiempo”) “el lenguaje busca la felicidad con la insistencia de un enamorado” y pone como ejemplo de ello nombres de casas inolvidables tales como “Petite Plaisance”, “Mon Repos”, etc. (2023: 86-87). El agua, el pan y la palabra constituyen alimento suficiente para nuestro mesurado poeta y, por supuesto, el lugar ameno, el jardín, que da reposo a su espíritu y “está hecho para el amor o para la soledad, para la lectura o... para la siesta” (2023: 34-35).

Lledó acota que, junto a esta teoría de una elemental felicidad, se posicionan “la serenidad y el bien que concede la buena consciencia de la paz consigo mismo y la generosidad y la solidaridad con los otros”. Para su mente preclara

pensar en la vida, el ser, el arte, la naturaleza, la lectura, el cultivo de la amistad y el amor, el trabajo, el silencio, la mirada, la luz, los pequeños gozos cotidianos, la superación incluso del dolor y la enfermedad, constituyen hermosos rincones donde levantar el bienestar, el *bienser* (2022a: 53).

Con una visión que se emparejaría fácilmente con esta, González Iglesias observa la naturaleza en poemas como “Bosque de pinos en Atenas castella-

na” que medita sobre la existencia de un conjunto de árboles erguidos “en el corazón / de la pétrea ciudad” (34) o en “*Poente*” donde leemos:

El bosque
cede ante el puente y más allá la puesta
de sol, igual que el río, se dirige,
con una lentitud que ya he hecho mía
hacia el jardín... (20)

De ello es importante destacar la idea de la lentitud, que aparecerá en diversos momentos (“la lentitud que tanto se parece, / y la paciencia, a la eternidad” (21), en “De todo lo visible y lo invisible”; en el poema “Poco a poco”, donde el propio título lo dice todo, o en los versos de “Estos días azules” (70), donde la voz poética exclama: “Y aunque la vida avanza / más veloz que los cálculos, nosotros le podremos / lentitud”). Incluso se apuesta por ella en el contexto de la escritura (“El entusiasmo, que se comunica / en la escritura lenta” (27) en “Estable tesoro”), cuando se dice del poeta:

El poeta comparte con la vida
la lentitud y la tenacidad
puesta en aquello que otros desestiman,
el desentendimiento, la esperanza
en el grano perdido tierra adentro (64).

Las semillas necesitan su tiempo para germinar y lo mismo ocurre con lo que el poeta produce, fruto de un proceso lento y tenaz.

En el *bienser* evocado por el maestro Lledó se hace hueco a su vez la lectura, a la que se dedica un poema completo por parte del poeta de Salamanca, “Leer”:

Leer
es mejor que escribir, mejor que hacer
mejor que todo. Es una primicia (47).

Dice de la voz poética, una mujer, probablemente la fallecida poeta Carmen Jodra a la que está dedicado el poema, que ella “Ha elegido muchas cosas, / la hora, el libro y el lugar en sombra”. La lectura aparece vinculada a un momento y un lugar específicos, ambos placenteros en plena naturaleza.

En esta misma línea, en el poema “Mañana de Madrid”, la voz poética observa, en un recogido jardín en medio de la capital financiera, a “unos cuantos

/ caminantes tranquilos” (67) entre los que ella se encuentra. Concentrada su mirada en uno de ellos que, con un libro de papel en sus manos “se detiene / a meditar, a respirar sin prisa”, exclama tajante, cerrando el poema: “de pronto he recordado / que no hace falta más” (68). En este caso, en ese “no hace falta más” referido al lugar ameno que es el jardín (del que evoca los nombres en latín de varios de sus árboles leídos durante su paseo) y a la compañía de un libro, el hipertexto evoca varios hipotextos: por un lado, un poemario completo anterior, del propio González Iglesias, titulado *Un ángulo me basta* cuyo título, se sustenta, a su vez, en otro hipotexto: los versos de un poeta del siglo XVII nacido en Sevilla, el capitán Andrés Fernández de Andrada. Efectivamente, el sevillano, en su *Epístola moral a Fabio* exclama:

Un ángulo me basta entre mis lares
un libro y un amigo, un sueño breve,
que no perturben deudas ni pesares.

Dichos versos González Iglesias los recoge parcialmente, pero de manera literal, no solo en el título mencionado, sino en uno de los poemas del citado *Un ángulo me basta*, “Misántropo, ma non troppo” (2010: 144), haciendo en su prólogo una esclarecedora reflexión sobre el grado de transtextualidad que afecta a todos estos textos⁴:

Ángulo es un hermoso término romano para nombrar nuestro lugar en el mundo. Las dos líneas que lo delimitan muestran de modo geométrico nuestra búsqueda de la felicidad. En todas partes –dice el proverbio latino– busqué la tranquilidad, pero en ninguna la encontré, sino en mi rincón y con mi libro: nisi in angulo cum libro. Ángulo es el lugar para la serenidad porque, entre otras cosas, es el lugar para la lectura. [...] El que se acoja a la genealogía de la Epístola moral, heredará lo mejor de Horacio. Y, por él, lo mejor de Epicuro (2010: 139)⁵.

En “Mañana de Madrid” ese ángulo es “el jardín imprevisto” elegido por la voz poética en lugar de un museo:

⁴ Cf. Genette (1989: 1-2): “Hoy yo diría, en un sentido más amplio, que el objeto (de la Poética) es la *transtextualidad*, o transcendencia textual del texto, que entonces definía, burdamente, como ‘todo lo que pone al texto en relación, manifiesta o secreta, con otros textos’. La transtextualidad sobrepasa ahora e incluye la architextualidad y algunos tipos más de relaciones transtextuales...”.

⁵ Para un análisis más detallado del tema, véase “En la huella de Epicuro: la poesía de Juan Antonio González Iglesias” (Álvarez, 2018: 277).

Hectárea y media

entregada a la inmensa minoría
alejada de pleitos...

...

No me esperaba toda esta dulzura.
Ni el agua clara aquí. Crece perenne
vertical el ciprés entre los pinos (67-68).

Se trata de un perfecto e inesperado *locus amoenus* horaciano en medio de la ciudad que trata de ser transformado de tópico literario a un espacio real por el jardín en sí (González Iglesias, 2023: 120). Pero incluso nos percatamos de un hipotexto más tras esa inmensa minoría “alejada de pleitos”⁶. En efecto, Juan Antonio González Iglesias nos recuerda que nuestro gran Fray Luis de León tradujo el tópico del *beatus ille* de Horacio como “dichoso el que de pleitos alejado...” Comenta, además, que “la expresión de Horacio para pleitos es *negotiis*: ocupaciones, tareas que perturban, negaciones del ocio... el objetivo es ser feliz” (2023: 46). Veamos el hipotexto horaciano al que el poeta se refiere:

Dichoso aquel que alejado de los negocios
como la primitiva raza de los mortales,
trabaja el campo paterno con sus bueyes
libre de toda usura... (Epodo II, vv. 1-4).

Y prosigue, más adelante, trayendo a colación ese lugar ameno en el que aquel vive:

Le gusta yacer, ora bajo la vieja encina,
ora sobre un tupido prado,
mientras corren las aguas por los ríos profundos
y se lamentan las aves en los bosques
y las fuentes murmuran en sus límpidos manantiales
lo que invita a un plácido sueño (Epodo II, vv. 23-28).

⁶ En esta “inmensa minoría” el poeta parece recurrir como hipotexto al título del famoso poema del poeta vasco Blas de Otero “A la inmensa mayoría”, un alegato en pro de la paz en tiempos internacionales revueltos y de dictadura en España, perteneciente a su libro de 1955 *Pido la paz y la palabra*.

Los versos de Horacio, entonces, subyacen como hipotexto, claramente, en este y otros tantos versos del poeta, traductor y admirador del latino. Tras los primeros se halla, a su vez, indiscutiblemente la doctrina del Jardín.

A Horacio, por lo demás, rinde abierto homenaje el poema “Academia” del que su figura es protagonista y en el que, a su vez, se deduce la presencia de otro hipotexto del de Venusia:

Horacio cuenta que aprendió en Atenas
a distinguir lo recto de lo curvo.
Esta noticia rara, algo enigmática,
nos la da en una carta escrita en verso
que envió a Augusto. Lo aprendió en el bosque
de Academo, jardín para los héroes,
[...]

Cuenta que allí
con veinte años pudo dedicarse,
acompañado de otros soñadores,
a buscar la verdad, *quaerere verum*,
[...]

Que, despojado
de todo, el único refugio, el único
jardín que le quedó fue la poesía (43-44).

El poeta latino aparece vinculado a otro jardín en su juventud, el de Academo, donde Platón comenzaría su trayectoria como maestro de filosofía siglos antes. Aquel es evocado de nuevo como un grato lugar propicio al fin para la creación poética. Escritura, en este caso, y lectura en los poemas anteriores son acciones irremediabilmente ligadas al entorno ameno y propiciadoras de felicidad en dicho espacio.

Pero volvamos a las palabras de Lledó. Se refería este al “cultivo de la amistad” como otro de los sustentos del *bienser*. En opinión de González Iglesias nadie ha integrado la amistad en la felicidad como Epicuro a través de esta simple sentencia:

De todos los medios de los que se arma la sabiduría para alcanzar la dicha en la vida, el más importante con mucho es el tesoro de la amistad (2023: 181. Traducción del poeta).

El poemario del salmantino está poblado de amigos. Buena muestra de ello son las dedicatorias. En el prólogo él mismo explica:

Las dedicatorias dan sentido pleno a los poemas. Convierten cada uno en un regalo y le aportan su cumplimiento, como si fueran piezas musicales escuchadas antes que nadie por el oyente perfecto (12).

Ellas son, por tanto, perfectos paratextos que resaltan el papel definitivo de la amistad, para él una “forma humanísima del amor”, sentimiento con el que va de la mano en varias ocasiones. Las alusiones a ambas emociones son frecuentes en el ámbito de esa naturaleza bellamente perfilada por la mano del hombre en el jardín que centra el volumen. Evocándolo una vez más, concluye el poema “De todo lo visible y lo invisible” con unos versos contundentes, un “himno” que entona la brisa al recorrer el jardín:

Evitemos

todo lo pernicioso. Conozcamos.
Haya luz en los cuerpos, fuego, alguien
que tenga en cuenta nuestros corazones (22).

La naturaleza empuja en su seno a sentimientos de amor o de amistad. Así la que unió a Calouste Gulbenkian con Saint-John Perse, equiparada por el poeta en su prólogo, un paratexto especialmente significativo para la lectura del poemario, con la amistad entre el poeta Horacio y Mecenas⁷ (10). El título “Et in Arcadia”⁸, al que sigue un nuevo paratexto (un epígrafe en este caso: *Washington-Lisboa, 1948*) que nos deja entender con mayor facilidad los versos que lo constituyen, traza la amistad del ingeniero y filántropo armenio, coleccionista de arte, y del poeta y diplomático, exiliado en Washington, a través de las cartas que se escribieron:

⁷ Mecenas fue un rico noble romano (70-8 a. C.), consejero político del emperador Augusto y amigo de poetas y artistas, a los que apoyó con su fortuna. De hecho, sabemos que a Horacio le regaló una finca en la Sabina (cf. Cuatrecasas, 1984: ix-x) y que el poeta establece con él una estrecha amistad. Comenta González Iglesias en este sentido: “su gratitud hacia Mecenas va más allá de lo que la corrección pedía. Muestra una de las facetas mejores del ser humano: la amistad” (2023: 29).

⁸ Se trata de una expresión acuñada por el papa Clemente IX en el siglo xvii inspirado en la Arcadia de las *Bucólicas* virgilianas que sirve de título a varias obras, como un texto del historiador del arte alemán Erwin Panofsky o un cuadro del pintor francés barroco Nicolas Poussin. El título es, por tanto, un paratexto igualmente importante. Para Virgilio La Arcadia “es la tierra idealizada de la vida campestre, donde la juventud es eterna, el amor la más dulce de todas las cosas, aunque sea cruel, donde la música desborda de los labios de todo pastor y los graciosos espíritus del campo prodigan sus sonrisas aún al amante desafortunado... Virgilio la eligió porque era un país remoto, desconocido e ‘intacto’” (Highet, 1986, I: 259-260).

Correspondencia entre dos amigos
 que deciden firmar igual sus cartas,
 jugando casi como adolescentes
 con un nombre elegido, nuevo, el mismo
 para los dos (53).

Como González Iglesias explica en su prólogo, “algunas líneas de esas cartas y de esos telegramas se citan en este libro”, lo que nos lleva a pensar, por tanto, en lo que Genette considera “intertextualidad”, definida por el crítico como “una relación de copresencia entre dos o más textos, es decir, [...], como la presencia efectiva de un texto en otro” (1989: 10). De ella la forma más explícita sería la cita, a través de la cual se ensalza una amistad que, pese a basarse aparentemente en un mero divertimento, se sustenta en un amor común por el arte y en el sueño también común de un jardín (una nueva “Arcadia”, una vez más ese famoso *locus amoenus*). Para este intercambian en sus misivas nombres de árboles, “en francés y en inglés y los precisan / en latín”, nos dice la voz poética. Unas líneas desde América interrumpen, no obstante, este dichoso intercambio para dejar constancia del fallecimiento de la madre de Perse, hecho ante el que “firmemente abatido le responde / su amigo con un largo telegrama”. El verso final, “Su amigo, que esta vez firma “Gulbenkian”, esto es, con su nombre real, pone de relieve un aspecto esencial de la amistad epicúrea: “la utilidad” de este sentimiento que es, en realidad, una afirmación de solidaridad (Lledó, 2021: 118).

En el poema “Nova sint omnia” se hace referencia a la gestación del jardín desde el proyecto de ambos amigos “como lugar en el que no entra el odio” y “limpio de acciones previas / nuevo si es posible”, equiparando el proceso con la “liturgia / católica del día de Año Nuevo” (24-25). De este verso se deduce que el título constituye un paratexto importante al referirse a esta última. Se trata de un proyecto que evoca de nuevo al maestro hedonista, así como el paraíso católico con la mención de Adán, pero que, a juicio de la voz poética, acoge a cualquiera que a su entorno se aproxime:

Grande

es el empeño de trazar recintos
 donde Adán o Epicuro se solacen,
 donde cualquiera de los ciudadanos
 se siente a respirar para que curse
 la sangre a los demás acompasada (24-25).

La amistad para Epicuro era, en efecto, una “promesa de concordia”, como se puede apreciar en sus propias palabras, llegadas a través de un pequeño fragmento que, una vez más, percibimos como hipotexto de versos como estos del salmantino y que, en su propia traducción, reza así: “La amistad recorre el mundo entero anunciándonos a cada uno de nosotros que despertemos ya a la felicidad” (González Iglesias, 2023: 182). Por otra parte, la amistad puede sellarse en lo sencillo, como en el poema previamente mencionado de homónimo título, en el que la voz poética proclama que ello “vuelve verdaderamente inolvidable / el encuentro con otro ser humano” (23). Amistad y austeridad van, pues, de la mano, si bien a Gulbenkian su estatus le permitía contemplar en su propia casa la “Palas Atenea” de Rembrandt, y Perse, en contraste, la admiraba en la National Gallery de Washington. Pese a ello, repara la voz del poema, ambos amigos hablan del cuadro como si se tratara “de otro amigo más”:

también en lo sublime
 está lo más sencillo de la vida.
 El amor compartido por un cuadro.
 Las palabras que van en una carta (27).

El cuadro, junto con otros bellos objetos que el coleccionista quería mantener unidos, “felicés a su modo, protegidos por el jardín más bello que conozco” (nos dice la voz poética sospechosamente identificable con la del poeta), configuran hoy una hermosa colección de arte que todos y todas podemos disfrutar.

2. A modo de conclusión

En definitiva, González Iglesias aporta en *Jardín Gulbenkian* unas pautas para alcanzar una vida feliz de la mano del eco de los clásicos que percibimos tras sus versos, en particular de las ideas de Epicuro que refulcieron en poetas latinos como Horacio y que sustentan latentes los suyos propios en una evidente relación de transtextualidad. En su prólogo lo explica con claridad: “Protegido por estas formas de amor, el jardín se presenta como símbolo que promueve con su sola existencia la esperanza en un mundo mejor que este” (9). Paseemos por él gracias a los versos del Salmantino, compartiendo nuestros mejores deseos para un futuro más amable.

Bibliografía

- Álvarez Valadés, Josefa. 2018. En la huella de Epicuro: la poesía de Juan Antonio González Iglesias. En Lanz, Juan José & Vara Ferrero, Natalia *La poesía como documento histórico. Poesía e ideología en la España contemporánea*. Sevilla: Renacimiento, 271-287.
- Camps, Victoria. 2019. *Breve historia de la ética*. Barcelona: RBA libros.
- Genette, Gerard. 1989. *Palimpsestos. La literatura en segundo grado*. Traducción de C. Fernández Prieto. Madrid: Taurus.
- García Gual, Carlos; Lledó, Emilio & Hadot, Pierre. 2013. *Filosofía para la felicidad. Epicuro*. Madrid: Errata Naturae.
- González Iglesias, Juan Antonio. 2010. *Del lado del amor. Poesía reunida (1994-2009)*. Madrid: Visor.
- González Iglesias, Juan Antonio. 2019. *Jardín Gulbenkian*. Madrid: Visor.
- González Iglesias, Juan Antonio. 2023. *Historia alternativa de la felicidad*. Barcelona: Sine qua non / Penguin Random House.
- Horacio. 1984. *Odas-Epodos. Arte poética*. Introducción, traducción y notas de A. Cuatrecasas. Barcelona: Bruguera.
- Highet, Gilbert. 1986. *La tradición clásica I*. México: Fondo de cultura económica.
- Iravedra, Araceli. 2016. *Hacia la democracia. La nueva poesía (1968-2000)*. Madrid: Visor.
- Lledó, Emilio. 2021. *El epicureísmo*. Madrid: Taurus.
- Lledó, Emilio. 2022a. *Fidelidad a Grecia*. Madrid: Taurus.
- Lledó, Emilio. 2022b. *Identidad y amistad*. Madrid: Taurus.
- Ponce Cárdenas, Jesús. 2014. "Un rayo de luz clásica sobre todas las cosas: Juan Antonio González Iglesias o la poesía sin máscaras". *Lectura y signo* 9.2: 3-11.
- Riffaterre, Michael. 1983. *Text Production*. Nueva York: Columbia University Press.
- Simón Partal, Alejandro. 2017. *A cuerpo gentil. Belleza y deporte en la poesía de Juan Antonio González Iglesias*. Madrid: Visor.